

---

Madrid, 10 de abril de 2002

UN HORIZONTE ANTE EL ABISMO

por Ernesto Sabato

Muchas gracias querido Claudio, por las palabras que ha pronunciado sobre mi obra.

Hace años yo conocí a la suya a través de su excepcional ensayo sobre Oblomov, ya que este personaje es entrañable para mí, y uno de los puentes que conectan misteriosamente a los habitantes de nuestras pampas con aquellos colosos de la estepa rusa.

Gracias Claudio, por su obra y su generosidad.

He venido a España probablemente por última vez, soy recibido con todo el afecto, la devoción, con que este pueblo admirable me ha tratado siempre.

Como ayer, las primeras palabras quiero que sean de gratitud a la generosa y enorme ayuda que la gente de distintos lugares de España nos ha hecho llegar a través de iglesias y distintas instituciones.

---

Todos ustedes comparten conmigo el profundo dolor que siento por nuestra Patria.

Amo esta tierra desventurada como es hoy porque allí nací, tuve ilusiones, luché con el sueño de transformar el mundo, amé y sufrí, y porque a una tierra nos une entrañablemente, no sólo sus felicidades y virtudes, sino y sobre todo, sus tristezas y precariedades. En mi país conocí a la gente que más me ha amado y alentado, gente generosa, sensible, llena de talentos y posibilidades. A ellos les pertenezco, en medio de esta tragedia que vivimos como lo más sagrado.

La Argentina ha caído de la situación de país rico, riquísimo, que yo en mi juventud conocí como la séptima potencia del mundo, a ser hoy una nación arrasada por los explotadores y los corruptos, los de adentro y los de afuera. Hundida en la miseria, sin plata para cubrir las más urgentes necesidades de salud y educación; exigida permanentemente por las entidades internacionales a reducir más y más el gasto público, siendo que no hay ya ni gasas ni los remedios más elementales en los hospitales, cuando no se cuenta ni con tizas ni con un pobre mapa en los colegios; esos colegios que supieron ser, cuando yo era un chico, un modelo de educación, como de los mejores del mundo.

Somos hoy un país pobre, una deuda externa extenuante pesa sobre nuestro pueblo. Sufrimos una sensación de impotencia que parece comprometer la vida de los hombres.

Sin embargo creo en verdad estamos frente a ese mo-

---

mento de supremo peligro que es a la vez aquel en el que crece lo que nos puede salvar, en el decir de Hölderlin.

No sabemos adónde nos llevarán los años decisivos que estamos viviendo, pero sí podemos afirmar que una concepción nueva de la vida está ya entre nosotros. En medio del caos, la pobreza y el desempleo todos nos estamos sintiendo hermanados quizá como nunca antes.

Que estamos frente a la más grave encrucijada de la historia es un hecho tan evidente que hace prescindible toda constatación. Ya no se puede avanzar por el mismo camino.

Basta ver las noticias para advertir que es inadmisiblemente abandonarse tranquilamente a la idea de que nuestro país —y el mundo— superará sin más la crisis que atraviesa.

Como dijo María Zambrano:

Las crisis muestran las entrañas de la vida humana, el desamparo del hombre que se ha quedado sin asidero, sin punto de referencia de una vida que no fluye hacia meta alguna y que no encuentra justificación. Entonces, en medio de tanta desdicha, los que vivimos en crisis tengamos, tal vez, el privilegio de ver más claramente, como puesta al descubierto por sí misma y no por nosotros, por revelación y no por descubrimiento, la vida humana, nuestra vida. Es la experiencia peculiar de la crisis. Y como la historia parece decirnos que se han verificado varias, tendríamos que cada crisis histórica nos pone de manifiesto un conflicto esencial de la vida humana, un conflicto último, radical.

---

Todo aquello que alguna vez fue motivo de comunión nos abandona, abriendo en nuestro espíritu la amarga sensación de un destierro. El sentimiento de orfandad comienza precisamente cuando los valores compartidos y sagrados ya no dispensan aquella sensación de estar reunidos en un mismo anhelo.

Como centinelas, cada hombre ha de permanecer en vela. Porque todo cambio exige creación, novedad respecto de lo que estamos viviendo, y la creación sólo surge en la libertad y está estrechamente ligada al sentido de la responsabilidad.

Éste es el poder que vence al miedo. Por eso, en los últimos meses, decenas de miles de hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, madres con sus criaturas en brazos, han salido a nuestras calles a decir ¡Basta!

A pesar de las desilusiones y frustraciones acumuladas, no hay motivo para descreer del valor de estas grandes y graves gestas cotidianas.

Nuestra sociedad se ha visto hasta tal punto golpeada por la injusticia y el dolor; su espíritu ha sido corroído de tal manera por la impunidad que rodea los ámbitos del poder, que se vuelve casi imprescindible la transmisión de nuevos valores a las jóvenes generaciones.

¿Y cómo vamos a poder transmitir los grandes valores a nuestros hijos, si, en el grosero cambalache en que vivimos, ya no se distingue si alguien es reconocido por héroe o por criminal? Y no piensen que exagero. ¿Acaso no es un crimen que a millones de personas

---

en la pobreza se les quite lo poco que les corresponde?

Hoy, nuestro país está atravesando un momento aciago con los peligros que acarrea.

Debemos desandar un largo y tortuoso camino fatalmente asignado por las grandes desgracias que ocasionaron tanto los golpes militares, como las políticas sociales y económicas que de ninguna manera fueron pensadas para el bien de nuestro pueblo; sino, por el contrario, dictaminadas por el despotismo de las grandes empresas que nos controlan; amparadas, a su vez, por funcionarios corruptos que han saqueado el patrimonio nacional, en aras del beneficio personal y las rencillas partidarias.

Porque esta crisis, que tanta desolación está ocasionando, tiene también su contrapartida: ya no hay posibilidades para los pueblos ni para las personas de jugarse por sí mismos. El «sálvese quien pueda» no sólo es inmoral, sino que tampoco alcanza. Es ésta una hora decisiva. Sobre nuestra generación pesa el destino, y es ésta nuestra responsabilidad histórica.

Y no me refiero sólo a nuestro país, el mundo nos reclama, reclama ser expresado para que el martirio de algunos no se pierda en el tumulto y en el caos sino que pueda alcanzar el corazón de otros hombres, para repararlos y salvarlos.

Dijo Camus:

Indudablemente cada generación se cree destinada a rehacer el mundo. La mía sabe, sin embargo, que no podrá hacerlo. Pero su tarea es, quizá, mayor. Consiste en impedir que el mundo se deshaga. Heredera de una historia corrupta en la que se mezclan

---

las revoluciones fracasadas, las técnicas enloquecidas, los dioses muertos y las ideologías extenuadas; en la que poderes mediocres, que pueden hoy destruirlo todo, no saben convencer; en que la inteligencia se humilla hasta ponerse al servicio del odio y la opresión.

Es imposible no corroborar a diario estas palabras.

Ante la visión de las antiguas torres derruidas, la vida se ha vuelto una inmensa cuesta en alto. Y aunque la fuerza del espíritu nos impulsa a seguir luchando, hay días en que el desaliento nos hace dudar si seremos capaces de rescatar al mundo de tanto desamparo.

La grave situación que atravesamos no es únicamente la crisis de un país sino de vastas regiones del mundo que incluye a millones y millones de seres humanos, es el quiebro de una concepción de la vida basada en la idolatría de la técnica y la explotación del hombre.

Cuando en 1951 publiqué *Hombres y engranajes* recibí tal cantidad de ataques y críticas feroces de parte de los famosos progresistas que se negaban a ver el desastre que ellos mismos, con su fetichismo por la ciencia y la razón y el dinero, habían ayudado a promover.

Profetas como Blake, Kierkegaard, Dostoievski, Nietzsche; espíritus profundos y visionarios como Buber, Pascal, Schopenhauer, Berdiaev, Unamuno; todos ellos habían tenido la visión del Apocalipsis que se estaba gestando en medio del optimismo tecnocrático.

Han pasado cincuenta años de la publicación de este ensayo, y ahora, con espantoso patetismo, mu-

---

chos advierten el cumplimiento de aquella intuición que tanta amargura me trajo.

Estamos en la fase final de una cultura y un estilo de vida que durante siglos dio a los hombres amparo y orientación. Hemos recorrido hasta el abismo las sendas del individualismo. Aquel hombre que en el Renacimiento entró en la historia moderna lleno de confianza en sí mismo y en sus potencialidades creadoras, ahora sale de ella con su fe hecha jirones.

Bajo el firmamento de estos tiempos modernos, los seres humanos atravesaron con euforia momentos de esplendor y sufrieron con entereza guerras y miserias atroces. Hoy con angustia presentimos su fin, su inevitable invierno, sabiendo que ha sido construida con los afanes de millones de hombres que han sacrificado su vida, sus años, sus estudios, la totalidad de sus horas de trabajo, y la sangre de todos los que cayeron, con sentido o inútilmente, durante siglos.

La fe en el hombre y en las fuerzas autónomas que lo sostenían se han conmovido hasta el fondo. Demasiadas esperanzas se han quebrado; el hombre se siente exiliado de su propia existencia, extraviado en un universo kafkiano.

Situación más trágica aún, ya que no es la de otros tiempos en que la vida rebosaba en aventuras y consignas, cuando los hombres nos sentíamos hechizados por las banderas que nos impulsaban a transformar el mundo. Ésta es una crisis que soportamos dentro, y en la que el hombre, como preso de sí mismo, se ha recluido. Y si algo novedoso y fundamental se expresa en nuestro pueblo es el deseo de no permi-

---

tir que una única concepción del modo de vivir, un único modelo de sociedad se la imponga.

Tenemos que absolutamente saber que hay una manera de contribuir a la protección de la humanidad, y es no resignarse.

Veinte o treinta empresas, como un salvaje animal totalitario, tienen el dominio del planeta en sus garras. Déspotas invisibles, controlan con sus órdenes la dictadura del hambre, la que ya no respeta ideologías ni banderas. Continentes enteros en la miseria junto a altos niveles tecnológicos, posibilidades de vida asombrosas a la par de millones de hombres desocupados, sin hogar, sin asistencia médica. Diariamente es amputada la vida de miles de hombres y mujeres; de innumerable cantidad de adolescentes que no tendrán ocasión de comenzar siquiera a entrever el contenido de sus sueños.

Ya la gente tiene temor que por tomar decisiones que hagan más humana su vida, pierdan el trabajo, sean expulsados y pasen a pertenecer a esas multitudes que corren acongojadas en busca de un empleo que les impida caer en la miseria. Son los excluidos, una categoría nueva que habla tanto de la explosión demográfica como de la incapacidad de esta economía en cuyos balances no cuentan la vida de millones de hombres y mujeres que así viven y mueren en la peor miseria. Son los excluidos de las necesidades mínimas de la comida, la salud, la educación y la justicia; de las ciudades como de sus tierras. Tomar conciencia de la capacidad que cada uno posee puede generar otra ma-

---

nera de vivir, donde el replegarse sobre sí mismo sea escándalo, y los hombres se aproximen a la orfandad del otro como quien va hacia un encuentro imprescindible para la vida. Ya que nada hay más humano que el poner en riesgo la propia vida por los demás.

Debo confesar que durante mucho tiempo creí y afirmé que éste era un tiempo final. Por hechos que suceden o por estados de ánimo, a veces vuelvo a pensamientos catastróficos que no dan más lugar a la existencia de los hombres sobre la tierra. Pero la vida es un ir abriendo brechas hasta finalmente comprender que era el camino.

Y entonces vuelve a sorprenderme la capacidad de la vida para encontrar resquicios donde seguir creando. Esto es algo que siempre me deja anonadado, como quien bien comprende que la vida nos rebalsa, y sobrepasa todo lo que sobre ella podamos pensar.

Desde su raíz oscura, la vida busca un lugar donde volver a nacer. Y en tiempos de catástrofes como es el nuestro, los hombres se ven obligados a demostrar cuántos de ellos conservan aún su pertenencia a lo genuino, a lo humano.

Sólo el que lleve en sí al menos una mínima parte de la raíz primordial será capaz de nutrirse de aquel manantial oculto del que surge el coraje para seguir luchando.

Como afirma Jünger:

En los grandes peligros se buscará lo que salva a mayor profundidad.

[...] Nuestra esperanza hoy se apoya en que al

---

menos una de estas raíces vuelva a ponernos en contacto con aquel reino telúrico del que se nutre la vida de los pueblos y de los hombres. Necesitamos el valor de penetrar en las grietas para que pueda volver a filtrarse el torrente de la vida.

En medio del miedo y la depresión que prevalece en este tiempo, irán surgiendo, por debajo, imperceptiblemente, atisbos de otra manera de vivir que busque, en medio del abismo, la recuperación de una humanidad que se siente a sí misma desfallecer.

La fe que me posee se apoya en la esperanza de que el hombre, a la vera de un gran salto, vuelva a encarnar los valores trascendentes, eligiéndolos con una libertad a la que este tiempo, providencialmente, lo está enfrentando. Porque toda desgracia tiene su fruto si el hombre es capaz de soportar el infortunio con grandeza, sin claudicar a sus valores.

Aunque todos, por distintas razones, alguna vez nos doblegamos, hay algo que nos convertirá y es la convicción de que, únicamente, los valores del espíritu pueden salvamos de este gran terremoto que amenaza a la humanidad entera. Necesitamos ese coraje que nos sitúe en la verdadera dimensión del hombre.

Recordemos también a Nietzsche cuando dice: «Yo amo a quienes no saben vivir de otro modo que hundiéndose en el ocaso. Pues ellos son los que pasan al otro lado.»

Fundamentales palabras estas, porque sin duda lo que hoy nos toca atravesar es un pasaje. Este pa-

---

saje significa un paso atrás para que una nueva concepción del universo vaya tomando lugar, del mismo modo que en el campo se levantan los rastrojos para que la tierra desnuda pueda recibir la nueva siembra.

La vida del mundo ha de abrazarse como la tarea más propia y salir a defenderla, con la gravedad de los momentos decisivos. Ésa es nuestra misión. Porque el mundo del que somos responsables es éste: el único que nos hiere con el dolor y la desdicha, pero también el único que nos da la plenitud de la existencia, esta sangre, este fuego, este amor, esta espera de la muerte.

Este deseo de convertir la vida en un espacio de humanidad.

No podemos hundirnos en la depresión, porque es, de alguna manera, un lujo que no pueden darse los padres de los chiquitos que padecen el hambre. Y no es posible que nos encerremos cada vez con más seguridades en nuestros hogares.

Tenemos que abrirnos al mundo. No considerar que el desastre está afuera, sino que arde como una fogata en el propio comedor de nuestras casas. Es la vida y nuestra tierra las que están en peligro.

La solidaridad adquiere entonces un lugar decisivo en este mundo acéfalo que excluye a los diferentes.

Cuando nos hagamos responsables del dolor del otro, nuestro compromiso nos dará un sentido que nos colocará por encima de la fatalidad de la historia.

Pero antes habremos de aceptar que hemos fracasado. De lo contrario volveremos a ser arrastrados

---

por los profetas de la televisión, por los que buscan la salvación en la panacea del hiperdesarrollo.

El consumo no es un sustituto del Paraíso:

La situación es muy grave y nos afecta a todos. Pero aun así, hay quienes se esfuerzan por no traicionar los valores nobles. Millones de seres en el mundo sobreviven heroicamente en la miseria. Ellos son los mártires.

Entre ellos, los más vulnerables, inocentes, sagrados. Hay millones de niños y niñas cuyas primeras imágenes de la vida son las del abandono y el horror.

El tremendo estado de desprotección en que se halla arrojada la infancia nos demuestra un tiempo de inmoralidad irreparable.

Para todo hombre es una vergüenza, un verdadero crimen, que existan doscientos cincuenta millones de niños explotados en el mundo.

Y Quiera Dios que sean ellos, estos pequeños chicos abandonados que nos pertenecen tanto como nuestros propios hijos quienes nos abran a una vida humana que los incluya.

Les leo algo de Hölderlin:

El fuego mismo de los dioses día y noche nos empuja a seguir adelante.

Ven. Miremos los espacios abiertos.

Busquemos lo que nos pertenece por lejano que esté.